

Contra la patria en extinción República del cielo

Vicente Quirarte

Se integra a nuestro ser desde que tenemos uso de razón. Aprendemos a honrarla como uno de los símbolos laicos que unen el cielo con la tierra. Inserta en la blancura, flanqueada por los colores en que se sustentan la Libertad y la Unión, ha desafiado balas enemigas cuando el país ha sido una y otra vez amenazado con la mutilación o el oprobio. Vuela diariamente en lo alto de edificios públicos, o en la más remota y desvencijada escuela; imprime su huella en papeles que nos dicen una y otra vez que somos mexicanos. Sin embargo, como todos los símbolos que nos remiten al cada vez más devaluado significado y significativo que llamamos Patria, la convertimos en objeto que la cotidianidad borra del alma. Contribuimos a su desaparición con la desmemoria de cada día.

“Tengo en lugar de corazón un águila devorando una serpiente”, declaró, trágico y altivo, uno de los protagonistas más intensos e icónicos de nuestra pantalla. Carmen Parra puede hacer suya esa verdad. Obsesiva y disciplinada, toma el águila real —emblemático del país— como núcleo de un acto de protesta para evitar la extinción de la patria y, por ende, la extinción de un ave amenazada, la extinción del nosotros.

Homenaje a la energía y la nobleza de la más fuerte y gallarda de nuestras hijas del aire, el presente es también una exploración del lenguaje corporal del águila, presente en cada minuto de nuestra existencia, desde los documentos que confirman nuestras señas de identidad hasta nuestras heroicas monedas que sirven para que la vida y la muerte hagan sus apuestas al pregón del “¿Águila o Sol?”. Indómita y plural como en sus proyectos anteriores —ángeles y catedrales, guadalupanas y mariposas que integran nuestra geografía emotiva— Carmen Parra nos obliga a mirar el águila mexicana como si estuviera naciendo otra vez en cada uno de nosotros.



Carmen Parra, 2011